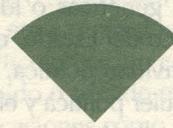


Las tentaciones de la guerra

Por
Adrián Restrepo Parra
 Programa de Paz
 Vicerrectoría de Extensión
 Instituto de Estudios Políticos

Justo cuando más urge la crítica y las propuestas inteligentes a la barbarie del país, los investigadores y los intelectuales universitarios están abocados a la mera abstracción, al desplazamiento temático y al silencio. Precisamente por la injerencia de la guerra.

La guerra pasa por la universidad, y al parecer más por la universidad pública, ya no sólo como un objeto de estudio, sino también como una realidad que deja muertos, exiliados y amenazados.



Interrogarse por el papel que corresponde a la universidad en una situación de guerra conlleva a pensar la función política del conocimiento, más cuando es sabido que una de las primeras "víctimas" de la confrontación armada es la verdad.

Las versiones que se dan sobre los hechos de la guerra crean escenarios que posicionan o, por el contrario, demeritan la acción de uno de los bandos en contienda. El forcejeo establecido entre estrategias y tácticas militares se acompaña con sus correlatos políticos. Y como el objetivo de ganar una guerra es instaurar un determinado tipo de sociedad, donde prevalezcan los intereses de los vencedores, ceder en los argumentos, así se esgriman estos sólo de manera formal, se convierte en pérdida de justificación política del uso de las armas. Toda guerra es "justa" cuando de ganar aliados se trata y, por ende, fortalecerse para vencer al enemigo.

Al reducirse la verdad a un asunto topográfico, es decir, en qué lado está, el resultado es una potestad que niega la posibilidad a los cuestionamientos, porque más que el argumento prevalece la "fuerza", en otras palabras, el interés político funda y alimenta una verdad que es protegida a muerte por ser la justificación misma de la existencia de la organización política.

Preguntemos, en un país inmerso en la guerra, donde los actores armados presumen, formalmente, actuar movidos por una verdad que beneficia a todos, ¿cuáles son las implicaciones de la guerra en el ejercicio de la investigación y la producción del conocimiento? y ¿qué hace la universidad ante tales implicaciones? La respuesta a estas dos preguntas constituye este breve documento.

Somos arena ante el viento

La guerra pasa por la universidad, y al parecer más por la universidad pública, ya no sólo como un objeto de estudio, sino también como una realidad que deja muertos, exiliados y amenazados.

Los asesinatos de docentes, estudiantes y personal vinculado a la universidad puso a la puerta de una institución que se creía inmune al accionar de las armas la realidad de un conflicto que, en su lógica de fuerza, busca, por un lado, copar el mayor espacio posible para, desde allí, ejercer control y oposición al avance del contrincante; pero, por el otro lado, las acciones militares perpetradas en la universidad atentan contra una de las funciones básicas de esta institución: la crítica.

Las lógicas de la guerra van cargadas de secretos, verdades que no solamente son incuestionables sino también de acciones, que pasado el tiempo, mucho tiempo, quizá podrán ser conocidas, tanto como sus precursores. El orden del desorden, las tramas del poder y las componendas políticas que pelean un espacio en la institucionalidad estatal y afectan la esfera de lo público, no admiten que se recabe información, proscriben hipótesis que acierten con el sentido de las prácticas de los guerreros y evaden la luz pública.

Las inhibiciones de la guerra van en detrimento de la acción investigativa y de la crítica que compete realizar a la universidad. En este marco, los asesinatos, amenazas y exilio expresan, por un lado, los costos de indagar sobre lo que no se está dispuesto a dar a conocer y, del otro, advierte explícitamente a futuros investigadores sobre las consecuencias de sus pesquisas.

La advertencia sobre las implicaciones que trae investigar y generar crítica ha producido una de las experiencias fundamentales constitutivas de la guerra: el miedo. Y si es aceptable hablar de grados de miedo, entonces, la relación que se obtiene es la siguiente: al incremento del temor, disminución de la crítica. De esta relación miedo y crítica, de la vivencia del miedo en la universidad, se desprenden tres tentaciones para la academia y que, directamente, afectan la crítica: las abstracciones, el desplazamiento temático y el silencio.

El orden del desorden, las tramas del poder y las componendas políticas que pelean un espacio en la institucionalidad estatal y afectan la esfera de lo público, no admiten que se recabe información, proscriben hipótesis que acierten con el sentido de las prácticas de los guerreros y evaden la luz pública.

El mundo seguro de las abstracciones

Los hechos que alteran la cotidianidad y que generan incertidumbre, en la medida que la noción de futuro se hace borrosa, suelen compensarse asimilando lo nuevo hasta volverlo familiar. De esta manera, un hecho que afecta la producción académica –la presencia de la guerra en la universidad– se "supera" al mantener o, según el caso, restablecer la docencia y la investigación. No obstante, el lenguaje ha sido trastocado.

El cambio en el lenguaje, encubre una realidad que muestra la impotencia de los académicos, no en procurar explicación de los acontecimientos, sino para afrontar las amenazas reales o latentes que implica acercarse con rigor investigativo a los hechos de la guerra. Aparece, entonces, el trato de manera ligera de los conceptos, por ejemplo, paz y convivencia, que más que describir un hecho político terminan por ser los adjetivos de cualquier tipo de relación o acontecimiento social. Suerte similar corren conceptos como guerrillero, paramilitares y ejército, al quedar bajo la rúbrica de actores armados. Se nombra todo esquivando cualquier particularidad, es decir, la ligereza evita el análisis, porque parte de un supuesto –un telón de silencio– que describe una realidad homogénea, en cuanto se intuye.

Las elaboraciones teóricas, realizadas para ganar claridad y comprensión del mundo, en el contexto de la guerra, acaban por enunciar un abstracto: realidad compacta y uniforme. Las abstracciones permiten justificar, por ejemplo, los discursos que aseguran que "la realidad está sobrediagnosticada"; todo es común cuando nadie se atreve a ir más allá de lo admitido. Cuando todo ha sido pronunciado la crítica es un asunto baladí.

Desplazamiento temático

Haberlo dicho todo sobre un tema conduce al cambio. Decidirse por un tema de investigación diferente a la guerra, a sus implicaciones en las relaciones sociales y las economías que activa, expresa el agotamiento temático o el cansancio de los investigadores, cuando no ambos.

El desgano por temas cruzados con la guerra o el mismo conflicto armado pasa por los riesgos inherentes a la investigación en estas áreas y, también, porque, ante la agudización de la guerra, la investigación se ve sin carácter práctico, es decir que poco contribuye a cambiar la realidad. Esta defraudación ha llegado hasta la referencia peyorativa sobre las investigaciones como investigadores, que aun persisten en indagar un problema que teóricamente posibilita entender las tramas del orden nacional, pero que como problema político del país parece sin solución.

Es importante señalar que la idea que se expresa en este apartado excluye, que quede claro, una afirmación según la cual toda la investigación universitaria debería reducirse al problema de la guerra y la violencia. La cuestión es el desplazamiento hacia otros campos del conocimiento por una pretendida liquidación de un eje investigativo como el conflicto armado colombiano.

El silencio

Las dos tentaciones de la guerra, descritas anteriormente, conjugan en últimas una posición: acomodamiento. Las nuevas realidades del ámbito universitario han implicado dejar de lado aspectos nodales para la universidad, en especial la crítica. Ante este panorama quienes han enfrentado el miedo provocado por la situación de guerra, optan por el silencio o el exilio.

El silencio de quienes asumen su condición humana, es decir, sentir miedo, a comparación de las otras dos tentaciones, expresa la inconformidad con los actos y actores de la guerra. Callar es, tal vez, el último

prurito de dignidad que le queda a los críticos.

Podrá parecer que algunas de las anteriores ideas obedecen exclusivamente a un asunto de mera rigurosidad académica, aspecto, a mi juicio, válido al pensar la universidad, y ya de por sí importante, pero más que eso, interesa destacar cómo al negar las implicaciones de una circunstancia crucial del país para la vida universitaria, se adoptan posiciones que desvirtúan una de las funciones de la universidad en la esfera pública, la crítica.

De otro lado, las afirmaciones realizadas en estos papeles, más que una versión, quizá para algunos, tétrica de la realidad universitaria —aunque sin dejar de desconocer que existen casos que dan para pensarlo así— son tentaciones que rondan a la universidad y se corre el riesgo de que queden ancladas en ella al dejar pasarlas, por tétricas, de largo.

Una universidad que contribuya para que Colombia salga de la encrucijada de la guerra, pasa necesariamente por tener que reconocer los límites constitutivos a su propia existencia, y como todo límite, en principio, es impotencia que sólo en la medida que sea reconocida podrá superarse, de lo contrario todo esfuerzo por hacer o realizar aquello que excede por "naturalidad" los márgenes del existir, se vuelve fatuo.

Reconocer que el miedo ha impregnado la universidad, que las personas que conforman la institución universitaria temen por sus vidas, por su libertad, es establecer un punto de partida para que las apuestas por la paz, el papel mismo de la universidad, se inscriban en un horizonte de actuación menos frustrante y, por ende, posible.

El silencio de quienes asumen su condición humana, es decir, sentir miedo, a comparación de las otras dos tentaciones, expresa la inconformidad con los actos y actores de la guerra. Callar es, tal vez, el último prurito de dignidad que le queda a los críticos.